

de Cuerpo están encargados, en lo que cada uno concierne, de hacer cumplir estrictamente esta orden que será leída durante el día a las tropas en sus puestos respectivos.

El Ayuda de Campo Jefe de Escuadrón en funciones de Jefe del Estado Mayor General.

Firmado: Filleul.

Por la copia: conforme el Comandante de Armas.

Firmado: Fíchet.

Orden del día 13 de Febrero de 1809.

La abundancia de licores fuertes de que están provistos nuestros almacenes desde hacia mucho tiempo permitió al difunto General Ferrand el poder dar a las tropas, como ración, una octava parte de pinta de ron en lugar de una dieciseisava como marcan los reglamentos, pero nuestros medios no nos permiten continuar en esta forma y obligan al General en Jefe, para prolongarlos, a anunciar a la Armada que a partir de mañana, 14 del corriente, la ración será de una doceava parte de pinta.

El General en Jefe se complace en creer que las tropas reconocerán la prudencia de esta medida que cesará de tener lugar cuando las circunstancias, mas favorables, nos permitan aprovisionarnos de forma a recompensarlas de todas las privaciones que ellas sufren desde hace largo tiempo.

El General en Jefe se ve en la necesidad de recordar a la Armada las órdenes del día corres-

pondientes al cinco y al siete del presente mas en lo que se refieren al orden que debe reinar en las salidas, particularmente para las personas que van a recoger víveres. Los acontecimientos ocurridos en los días 11 y 12 son desgraciadamente la consecuencia de una confianza que nos cuesta lamentaciones. Los Sres. Jefes de Cuerpo están invitados a dar de nuevo lectura, a las tropas, de las órdenes mencionadas: las disposiciones que en ellas se indican deben de ser mas rigurosamente observadas ya que las relaciones pueden, de un momento a otro, romperse.

El General en Jefe está impulsado a aumentar su celo y severidad por la conducta de algunas personas que diariamente se exponen y caen en poder del enemigo: ordena a los Comandantes de los Destacamentos que tiren sobre todo el que depase las tropas a sus órdenes.

La presente orden del día será leída a las tropas reunidas en sus puestos respectivos y una copia será enviada al Sub-Comisario de Marina, Jefe del Despacho de la Administración, y al Sr. Alcalde de la Villa. Las disposiciones militares serán publicadas por el Sr. Comandante de Armas.

Firmado: Barquier.

Este documento radica en el Archivo Eclesiástico Estantería B — Cajón 63 — Legajo 23.

Luis Rodríguez Guerra.

## ESCRITOS DE LUPERON

(COLECCION Y NOTAS DE EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI)

(continuación)

Puerto Plata, Septiembre 18 de 1875.

Sres. Directores de "La Paz",  
SANTIAGO.

Mis buenos amigos:

He leído con tanta simpatía el artículo editorial del número 2º de "La Paz", que inmediatamente hubiera contestado a la exhortación que allí hacen Uds. al partido a que tengo el honor de pertenecer en cuerpo y alma, si no hubiera preferido ponerme a reflexionar seriamente en la situación de nuestra patria.

Creo con ingenuidad estas tres cosas: que no hay política de buena fe que no tenga que basarse en el estado material y moral de la sociedad cuyos destinos aspira a encaminar; que no hay programa de partido político que valga la consideración de un pueblo si no está basado en el estudio de sus necesidades y en el conocimiento de los medios efectivos de satisfacerlas; que no hay

personalidad alguna en ninguna sociedad organizada o desorganizada —que pueda por sí misma constituir un partido político, si no hay muchos individuos que abundando en sus principios, en sus ideas y en sus aspiraciones-tengan el derecho de concurrir a esta constitución.

Creyendo estas tres cosas, y pensando que era una obligación nuestra el convertir en "partido de derecho" el "partido de hecho" que constituimos, todos ansiosos de la absoluta independencia, de la paz, de la definitiva constitución y de la prosperidad de nuestra patria, hace tiempo que busco el modo de combinar nuestra acción política y de contribuir con mis amigos a la organización del Partido Nacional, que tanta fuerza tiene por sus buenas intenciones, por sus sacrificios, y que es tan débil por falta de concierto.

Hasta ahora no se me había presentado la ocasión de hacer un llamamiento a la opinión pública, presentándole las bases de un programa



al cual pudieran ir adhiriéndose en todo el país los que coincidieran en apreciaciones, deseos y aspiraciones, procediendo entonces, cuando ya el número de adherentes fuera bastante a reunirse en cada comarca para designar la persona o las personas que quisieran delegar con objeto de que congregados pública y legalmente en determinada ciudad de la República con las otras personas que de otras partes del país se hubieran delegado- discutieran y formaran como plan de política nacional el programa de partido que se les hubiera presentado. Este sería el único impersonal y este es el único medio de organizar partidos fundados en los intereses vitales de una sociedad.

Ahora pues, con objeto de ponerme prácticamente a disposición de cuantos crean llegada ya la hora de servir a la patria y las ideas con servicios dignos de ellas, voy a dar el primer paso y a presentar las bases del programa que yo creo indispensable para dar adherencia a los deseos generosos de los que han formado siempre en las filas de aquellos que, con varios nombres, han representado intereses nacionales o aspiraciones liberales.

Ante todo examinaré el fondo material y moral de que voy a tomar las ideas que han de servirnos para el bien que intentamos.

Nuestra tierra es una de las más ricas por naturaleza que hay en la riquísima porción de América que forman las Antillas: tenemos, pues, tantos recursos naturales cuanto necesita una sociedad para vivir.

El fondo moral de nuestra sociedad no es menos bueno. Somos pocos; pero los pocos que somos, estamos dotados de algunas cualidades que solo necesitan dirección. Desgraciadamente, no hemos tenido hasta ahora otra dirección que la de los disturbios civiles, la del caudillaje y la del cacicazgo. Dirigidos por éste en cada provincia, en cada casa, vemos con los ojos del cacique, sentimos con los sentimientos, generalmente malos, del cacique, queremos con la voluntad del cacique; y no vemos, ni sentimos ni queremos sino lo que él quiere hacernos ver, sentir, y querer. Dirigidos por el caudillaje en las luchas armadas y en las políticas, no tenemos en realidad más objeto en la batalla ni más principio en la política, que hacernos propicio el caudillo que nos manda, ni tenemos placer mayor que el muy insensato de hacer lo más fuerte que podamos al hombre -generalmente imbécil o malvado- erigido en caudillo.

Educados por los disturbios civiles, hemos llegado a creer que la guerra es una costumbre, una prueba de mérito social y el único medio de gobierno. A tales creencias acompañan naturalmente otras que nacen de ellas, y creemos que la vida del hombre vale poca cosa, que se le puede vender por unos cuantos pesos a cualquier cacique, caudillo o gobiernillo, y que se puede disponer de la vida de otro hombre, y de todo hombre, con la misma familiaridad brutal con que se dispone de la vida de las bestias. Como que todo está

basado en el continuo empleo y abuso de la fuerza, tenemos por el trabajo una indiferencia que concluiría por hacernos retroceder a los tiempos primitivos de la isla, si las necesidades materiales y el ejemplo que tenemos en otras sociedades que trabajan, no empezaran ya a producir algunos resultados apreciables. Pero como vivimos casi solos, tenemos pocas necesidades; y como las satisfacemos con pocos esfuerzos, ni pensamos en otras necesidades superiores, ni nos agrada que otros nos las revelen.

Y sin embargo, el pueblo que se hace a sí mismo el grave mal de vivir de la fuerza, del ocio y del aislamiento, ese pueblo es lo que es por pésima dirección y por el continuo abuso que hacen de él, pues, siendo valiente, perseverante, honrado, comunicativo y hospitalario, sería materialmente imposible que manifestara cualidades morales que son contrarias a las suyas propias, si éstas hubieran sido dirigidas y educadas.

Teniendo una tierra capaz de todas las riquezas económicas y un pueblo capaz de todas las virtudes que dan prosperidad, no somos prósperos ni ricos. Lo que somos ninguno de los que amamos la dignidad de la patria puede ocultárselo. Lo que somos es una tierra inútil y un pueblo que solo sirve para abreviar en su propia sangre a las bestias feroces que lo tiranizan o para llenar de oro las gavetas de los embusteros que lo adulan.

Siendo esto la verdad pura la de las cosas, yerra a sabiendas, y con malas intenciones, quien quiera que en nuestro país proponga grandes beneficios que no estén basados en una reforma inmediata del trabajo del campo y en una reforma efectiva de la educación del pueblo.

Para lo primero necesitamos inmigración; para lo segundo necesitamos libertad y justicia.

Mas para atraer inmigración y establecer la corriente inmigratoria, estamos obligados a asegurar la propiedad de la tierra, la seguridad de las personas, la tolerancia de las creencias, la independencia de las nacionalidades y la inviolabilidad de los derechos.

La experiencia indirecta de todos los pueblos que aumentan por inmigración su población, y la experiencia directa que nosotros tenemos de la excelente inmigración de expatriados cubanos y portorriqueños, nos prueban que los incalculables beneficios del aumento artificial de población no pueden obtenerse sin una gran liberalidad en las franquicias económicas y sin una gran libertad en las instituciones.

Ahora bien, como nosotros no podemos resolver el problema de nuestra estabilidad sino resolviendo el problema de la población de nuestro vasto territorio y de la colonización de nuestros centros rurales, la inmigración, y la concesión de la mayor suma posible de derechos, franquicias y libertades a la inmigración, cualquiera que ella sea, son dos necesidades inmediatas de nuestro estado material y moral, o lo que es idéntico, dos, dos bases fundamentales del pro-





grama de reformas en que debemos fundar nuestra reorganización económica y política.

Así, pues, lo primero a que debemos propender los que formamos el vasto Partido Nacional, es a poblar nuestros campos y ciudades, porque el simple aumento de población bastará para allanar una porción de obstáculos que así nacen del desorden económico como de la educación política.

Inmediatamente después de esa, la necesidad más urgente es la educación de nuestro pueblo, cuya bondad natural de inclinaciones está probada por la misma facilidad con que se deja arrastrar de sus pasiones y afectos personales, únicos elementos de acción política que hasta hoy conoce.

A la educación del pueblo como conjunto de hombres debe acompañar la educación del pueblo como conjunto de ciudadanos; sólo la práctica incondicional de los derechos individuales hace esa educación, y produce ciudadanos.

Mientras el derecho de reunión asuste a nuestros gobernantes; mientras el derecho de pensar libremente sea una promesa constitucional que el Poder Ejecutivo o el Legislativo puedan en cualquier momento reprimir; mientras la libertad individual esté a merced de una orden inmotivada de presidentes o gobernadores; nosotros no seremos ciudadanos, ni viviremos bajo el gobierno regular de la ley y la equidad. Porque así, como no hay dos justicias, no hay dos libertades; y todo lo que no es libertad es tiranía. Aquellos que creen que el pueblo no está educado para la libertad son sus tiranos. Sí! porque no hay ni puede haber término medio entre la libertad y la tiranía.

Gracias a nuestras centralizadoras instituciones, estamos demasiado gobernados para poder estar bien gobernados: el jefe de la nación, sea quien fuere, tiene demasiada intervención en todo: él es quien —por medio de los gobernadores de provincia o distrito, de jefes comunales o cantonales,— rige o puede regir la vida del rincón más lejano y del más arrinconado de los ciudadanos; él es quien por medio de la Cámara Legislativa, si le es adicta, —puede inmiscuirse en los asuntos económicos de las comunes, y ahogar a su antojo la vida comunal o municipal. Es necesario que eso desaparezca, y que las provincias, los distritos y las comunes vivan tan libremente dentro de la nación, como puede y debe vivir el individuo dentro de la sociedad.

Nosotros no tenemos caminos: nuestros frutos se quedan en donde pueden producirse, porque una de las barreras que hay entre nosotros a la producción es la falta de comunicaciones; el transporte es excesivamente caro; y la actividad que nuestros hombres de campo y nuestros recueros emplean en el acarreo de nuestros pocos frutos se pierde inútilmente.

Nosotros no tenemos comercio: Santhomas y

Haití nos mandan lo que quieren más bien que aquello de que necesitamos, y el exceso de nuestro impuesto aduanero nos tiene a merced de esos dos mercados, especialmente del último, que es funesto para nosotros, y nos cierra el comercio directo.

Nuestra hacienda pública es calamitosa: presupuestos siempre desnivelados; egresos siempre mayores que los ingresos, basando estos en las entradas de aduanas, y deprimiendo, por tanto, la actividad comercial; descrédito completo en el exterior y falta total de crédito interior: tales son los caracteres tradicionales de nuestra administración financiera, sin incluir como causa activa de nuestra eterna bancarrota la inmoralidad que ha sido con muy pocas excepciones norma de conducta en la gerencia de nuestros fondos públicos.

Ninguno de estos males se cura con palabras, y el Partido Nacional no haría otra cosa que alucinar con ellas, si olvidara que los partidos de oposición doctrinal concurren a gobernar con los gobiernos a quienes se oponen. Por lo tanto necesitamos proceder más bien que hablar, y prepararnos para influir en las elecciones, de modo que toda función política a que alcance el derecho electoral, desde la presidencia y la representación nacional hasta la sindicatura de los ayuntamientos recaiga en hombres de nuestra confianza. Muchas de las cosas que estamos habituados a pedir a los gobiernos, podemos hacerlas por nosotros mismos, entre ellas las tres principales: el aumento de población por inmigración, la educación del pueblo y la creación del crédito.

Todos creemos necesaria la paz, y todos creemos conveniente sacrificarle nuestros deseos personales y nuestros intereses de partido. Por tanto tenemos tiempo para dar pruebas de nuestra idoneidad, de nuestro patriotismo y de nuestra utilidad como individuos, como ciudadanos y como Partido Nacional, progresista y radicalmente demócrata en oposición organizada.

Nuestros periódicos, por medio de la discusión continua; nuestras asociaciones, por medio del derecho de petición; todos juntos, por medio del derecho de reunión pacífica, pueden y podemos impedir la consumación de cualquier acto vejatorio de nuestra dignidad y de nuestros derechos.

Nuestro Partido sería ciego e inconsecuente si no viera en la inmigración espontánea de hermanos nuestros perseguidos el mejor medio de contribuir práctica y rápidamente a resolver el más capital de los problemas, la población, y debe pensar seriamente que no es solo atacar derechos de hermanos desgraciados, sino además intereses gravísimos de todo el país, el atacar indirecta o directamente a los emigrados que tan útiles son a nuestro desarrollo agrícola, industrial y comercial.



Si esto no es un programa de partido político, basado en las necesidades presentes y futuras de nuestra sociedad y si con sus condiciones y prácticas no logramos concluir con la guerra civil, con las expatriaciones, con los patibulos y con los pillajes, —porque la devastación del vencido empobrece en realidad al vencedor;— si con las ideas que suministro no doy campo a la actividad de todos los hombres de nuestro partido, para que se reunan, se organicen y formulen en estas bases una declaración de principios, medios y fines, tendré que esperar pasivamente a que se convenzan todos de que la guerra civil no se concluye sino con la verdadera libertad, es decir, con la libre discusión: que el progreso no viene a un país como el nuestro sino con la inmigración bien conquistada y mejor protegida; que ninguno puede esperar garantías de libertad y de seguridad, si no las da a los demás; porque la sociedad devuelve lo que recibe, y esto es irrevocable en el orden de las cosas humanas; y por último, que no hay nada legítimo en política sino la república y el libre examen. La legitimidad de la razón derriba la de todos los potentados, la de todos los oligarcas, la de todos los demagogos.

Soy de UU.,

G. LUPERON.

La Paz, órgano de la Sociedad  
Liga de la Paz, N° 7, Santiago,  
9 oct. 1875.

Puerto Plata,  
Enero 3 de 1885.

Señor General Don José D. Valverde,  
Santiago.

Muy querido General, buen compañero y amigo mío:

Con verdadero placer he leído su interesante y patriótica carta del 1° de los corrientes, y con gratitud profunda por la generosa felicitación que Ud. me hace, como también por la heroica manifestación de su noble sentimiento nacional, doy a Ud. las más sinceras gracias y le envío un abrazo.

Usted piensa muy bien respecto del Gobierno haitiano. Yo, como Ud., no quiero creer en las promesas de paz que el General Salomón, "amigo mío de destierro", con tanta precipitación da a nuestro Gobierno; y mientras más se afane en dar seguridades de paz y de amistad a la República Dominicana, que aquí ningún poder le exige, mayor es mi desconfianza sobre los secretos proyectos que dentro y fuera de la isla, se le suponen. Si el General Salomón quisiera realmente la amistad del Pueblo Dominicano, ya le hubiera pagado los siete años de anualidades que conforme al Tratado, el Gobierno de Haití debe al de Santo Domingo, y no empujara a sus

fronterizos a pasar los límites territoriales, usurpando cada día nuevos terrenos.

Lo que hay de más sorprendente en todo esto, es que nuestros hombres de Estado no sepan colocarse a la verdadera altura de las necesidades supremas de la Nación; que no tengan la previsión de los inmortales prohombres del 44; de aquellos verdaderos padres conscriptos de la Patria independiente, que concordaron sus acciones con sus propios medios y éstos en relación con sus necesidades. De aquellos héroes que en Sabana Larga, en Macabón, en Jácuba, en Beller, en Dajabón, en Escalante, en Talanquera, en Mangás, en Chacuey, en El Llano, en Guayubín, en Montecristi, en Santiago, en Puerto Plata, en Neyba, en Bánica, en Las Matas, en Santomé, en Cachimán, en San Juan, en Las Caobas, en Petitrou, en Azua, en El Cachón y en las Carreras, secundados por aquellos intrépidos marinos, supieron, a fuerza de heroísmo y la más sublime abnegación, rechazar, batir y vencer a los bárbaros antropófagos de Haití, al resto de aquella oclocracia abominable y refractaria a la civilización, en todas sus injustificables invasiones, y colocaron a la Patria y la República a una altura prodigiosa.

Sí, mi querido General, se presente que no hay en nuestros hombres, la fuerza, la penetración y la entereza de aquellos hombres de Gobierno, prácticos como legisladores, como militares y como mandatarios, que fundaron la República, dotándola de medios propios, y con ellos defendieron con tanta energía y con admirable inteligencia su independencia. Que todo lo previeron y realizaron a la vez. La organización de la nación fué tan rápida como vigorosa; y era un encanto ver surgir la constitución y el mayor orden; administrar la justicia con la mayor moralidad, y establecer un sistema económico que de una vez llenara todas las necesidades de la Patria en guerra. Formar marina fuerte y respetable; ejércitos disciplinados, valientes y temibles. Dar desde el primer día la más grande confianza al país y al extranjero. Establecer correctas y templadas relaciones, rodear a todos los poderes públicos de dignidad y respeto, hasta elevar la República a la mayor altura de prosperidad.

Pero hoy, los socialistas y los visionarios pululan por toda la República, predicando en sus hojas doctrinas desmoralizadoras y la guerra social, que es la mayor calamidad de los pueblos; cuando precisamente no hay tiranos ni tiranías que vencer, ni principios políticos que definir. Cuando todo se les ha hecho ya a costa de inmensos sacrificios: independencia, República y democracia, que están fundadas definitivamente en la Patria. Lo que se necesita ahora es organización positiva, trabajo, industrias, paz y saberse crear medios propios para darnos la fuerza y la civilización necesarias, para poder mantener con orgullo y con verdadera dignidad nuestra santa independencia nacional.



No es la guerra social la que se debe fomentar, sino la creación de medios y la instrucción de verdaderos defensores de la Patria. Los socialistas odian el militarismo; lo que sí quieren es la anarquía, que es su elemento. No quieren pagar impuestos, y sin embargo exigen subvenciones. No quieren fortificaciones ni cañones, porque creen de muy buena fé salvar la Patria amenazada con su discursos y con su fecunda y delirante fantasía. Su única arma para conseguir el poder es la calumnia, lo que más prueba su falta de experiencia. Quisieran destruir a los que les han conquistado la independencia de la Patria, fundando la República y la democracia, ignorando que la anarquía es más implacable que los tiranos, y que según hemos luchado contra éstos, dispuestos estamos a luchar contra aquella.

El socialismo dominicano se parece un poco a la Comuna de París: que mientras los alemanes ocupaban una gran parte de la Francia, humillando la nación, diezmada, destrozada, incendiada, pillada, presa de espanto y de luto, destilando sangre y derramando lágrimas, llena de rubor y de confusión, aquellos, que nada útil supieron hacer para defenderla de la terrible invasión, entonces tuvieron valor y fuerza suficiente para asesinar los defensores de aquella patria oprimida, para destruir sus más grandiosos edificios, para minar sus calles y afrentar ignominiosamente su nacionalidad.

Véase con calma lo que pasa aquí con los socialistas. Para ellos ningún hombre público es honrado. Y yo desafío a quien quiera me pruebe que haya en ningún tiempo recibido dinero de ningún gobierno, ni desfalcado las rentas del Estado.

Y mientras estas abominables iniquidades tienen lugar publicamente entre nosotros, el Doctor Luis Josef Janvier, favorito de Mr. Salomón, lanza a la luz pública un libro, en París, en el cual recuerda a todos los haitianos el deber que tienen de REQUERIR Y OBTENER EL PREDOMINIO DE TODA LA ISLA DE SANTO DOMINGO; les dice que su gobierno tiene por guía la Constitución haitiana, que no reconoce la división de ninguna parte de la isla, y hace un llamamiento, que es más que una declaratoria de guerra, contra la República Dominicana; cuyo Doctor es agregado a la Legación haitiana en París.

Hoy, la mayor parte de los estadistas haitianos dicen que la República Dominicana es una alcahueta, que Haití debe destruir arrancándole hoja por hoja. Todo esto se dice cuando el Gobierno de Mr. Salomón aumenta sus fuerzas de mar y tierra, llena sus arsenales de armamentos modernos y hace una emisión de papel moneda para procurar mayores recursos. Y cuáles son nuestras fuerzas? Dónde está nuestra marina? Dónde están nuestros recursos? Qué se hace para poner el litoral en estado de verdadera defen-

sa? Qué sistema económico se predica para conseguir los medios que la República necesita para conservar su independencia?

El tratado de libre cambio con los E. U. con seguridad le privará al Estado la mitad de sus rentas. Los frutos que salen del país, no pagan impuestos y no hay contribuciones directas.

Creo en conciencia que un pueblo como el nuestro, colocado en medio de dos enemigos tradicionales de su independencia, como lo son Haití y España, no se da verdadera cuenta de su situación y todo lo confía a su patriotismo, que es y será siempre prodigioso; pero el patriotismo sin fuerza es hoy comparado a un individuo muy valiente que acude a un duelo desarmado.

Hay que trabajar en hacerle comprender a nuestros hombres de Estado la necesidad que tiene la República de medios y de fuerzas. Es preciso que se organice todo el país, siquiera sea en guardias nacionales, pero que se organice. Que no se olviden que el General Salomón se ha alimentado siempre con la esperanza del imperio y con el dominio de toda la Isla. El trabajará con tesón para alcanzar una y otra cosas. Afortunadamente que al intentar él la realización de ambas ideas hoy, se encontraría con obstáculos que él no podría vencer, y que cada día estoy seguro serán mayores, porque la guerra no se la haríamos al pueblo haitiano, que al fin será nuestro hermano, sino al Gobierno del General Salomón, que eternamente será el enemigo de la República Dominicana.

Soy de Ud. con toda consideración, leal amigo y compañero,

G. LUPERÓN.

El Eco del Pueblo, Santiago,  
núm. 143, 11 enero 1885.

#### LA ANEXION A ESPAÑA

El nefando acontecimiento del 18 de marzo de 1861 obedeció a diversas combinaciones políticas que tenían sus exigencias exteriores y sus trascendentales conveniencias en el Gobierno del General Santana.

La inmediata consecuencia de aquella horrosa inmólación fué el 16 de agosto de 1863. Jamás la ley moral se ha dado un testimonio más brillante de reivindicación.

Cuando consideramos esta fecha, tan memorable, con todos sus acontecimientos, inclinados nos vemos a creer que no hay historia contemporánea, y el día de ayer parece haber penetrado en las sombras de lo pasado. Y es que han sido tan abundantes y sorprendentes los sucesos que emanaron después, que nuestro espíritu, cargado de tantas emociones, gratas algunas, dolorosas y sensibles las más, nos deja suponer que la historia de la Restauración domi-



nicana no comienza ni acaba en ningún punto de la política de nuestro país.

329 años de dominación española, con su abominable sistema colonial, que mantuvo divididas y humilladas las clases patricias, bajo el peso de un inmoderado despotismo, no habían sido suficientes para infundir en el ánimo de los dominicanos, ni odios contra España ni la necesidad imperiosa de la ruptura de sus cadenas, ni el deseo de constituirse en pueblo libre e independiente. La esclavitud y el despotismo producen la sordera del alma!

Empero, las guerras de Haití y su independencia; la ocupación francesa, la guerra y la expulsión de éstos del territorio dominicano; la reincorporación a España; el régimen sistemático colonial, nuevamente en vigor; las guerras de independencia del continente; las ideas de la revolución francesa que populaban en todos el país; las proclamas de Bolívar y las ideas del inclito Núñez de Cáceres, que inflamaban todos los corazones con el amor de la libertad; la confederación colombiana; la dominación haitiana durante 22 años; la independencia nacional, y las guerras de mar y tierra heroicamente sostenidas contra Haití; 18 años de vida soberana, con una nacionalidad propia, con una República bien organizada y reconocida por varias naciones, nada menos que por la misma España; con un territorio que expele por sí solo la dominación y la tiranía de todo poder extraño, puesto que sus desiertos convidaban a la libertad y el valor de sus habitantes es la mayor garantía de su independencia; aguerrido el pueblo con todos estos sucesos, como por sus angustias y por sus dolores en los grandes acontecimientos, había adquirido los desengaños del tiempo; sabía muy bien que si la diplomacia es cobarde, el ciudadano es valiente; y nada más favorable esperaba de ninguna parte; únicamente confiaba en la justicia de su causa, en su patriotismo y en su decisión de vivir libre o morir antes que ser esclavo; y lleno de una confianza inquebrantable, no se ha mostrado nunca tan grande como en la adversidad.

Estas y otras muchas consideraciones habían hecho completamente imposible la inconsulta anexión española de 1861. Además, nunca se sacrifica un pueblo para ser esclavo, sino para ser libre, y no se le exige su sangre para encadenarlo; pues cuando ha disfrutado de su independencia, tiene mucho corazón para amarla y mucha sangre para defenderla. Y como la libertad no se pide a ningún tirano, sino se conquista, el 16 de agosto fué el terrible grito de ¡alarma! de un pueblo oprimido, reivindicando sus más sacrosantos derechos.

Ahora bien; las defensas de las naciones las organizan y preparan los gobiernos a costa de inmensos tesoros, pero las guerras de independencia se improvisan por los mismos pueblos que la reclaman, bastándole en esos momentos

supremos solamente el valor de sus defensores para salir siempre victoriosos de sus enemigos.

Bajo las condiciones y atendidas las circunstancias favorables que habían vuelto a colocar a España en Santo Domingo, su poder parecía tan fuerte, tan formidable, que todos los hombres mas importantes del país, perdieron la fé y la confianza de ver la restauración de la República. Menos el pueblo; éste pensó en recabar el patrio suelo; en ganar de nuevo esta tierra querida y sagrada, donde reposan los huesos de nuestros antepesados; esta tierra donde habíamos germinado y crecido; esta tierra, patria de tantos héroes y de tantos mártires; esta tierra regada con tanto sudor, con tantas lágrimas, y amasada con tanta sangre; donde los españoles habían cavado tantas huesas, abierto tantas tumbas y preparado tantas celadas; esta tierra donde han podrido todas las especies de cadáveres, hechos por todos los géneros de tiranía; donde la tremenda Inquisición había atizado el fuego de aquella inmensa hoguera que devoró a tantos inocentes; en esta tierra de tantos sucesos de inextricables complicaciones, superpuestas a tantos abismos; donde han sido enterrados como tantos crímenes como espantosas semillas; donde han quedado las huellas del paria, del siervo, del señor, del esclavo, del amo, del oprimido y del opresor, de la plebe y de la nobleza, del código de barbarie multiplicado por cada déspota; donde quedaron las sombras de Torquemada y de Felipe II; donde se habían coligado todas las arbitrariedades y todas las preocupaciones, imponiendo una mordaza al pensamiento, y una manopla de hierro a todo género de progreso y de civilización; donde no se veía más que las gabelas, las excepciones, las prerrogativas, el real privilegio, y por toda enseñanza, el rancio fanatismo; por única ley, la más abominable de la explotación del hombre por el hombre, como si hubieran sido aquellos tiranos los herederos por Adán y Eva para repartirse, martirizar y concluir a un pueblo! De esta tierra, profundamente ensangrentada, donde no hay un palmo en que no se haya derramado un chorro de sangre, surgió la resultante fatal de lo pasado; quizás la desconocida determinación de Dios, como la vengadora de tantos suplicios, el 16 de Agosto.

Esta fecha fué una tempestad para los opresores, y la tempestad sabe siempre lo que hace para destruir la peste! El rayo luminoso de esa terrible tempestad se llama Febrero, Sabaneta, Capotillo, Guayubín, y quizás la Providencia!

En Sabaneta y Guayubín se lanzó el primer grito de ¡Patria, o muerte!, la primera protesta, la más elocuente manifestación de todos los agravios de un pueblo que sentía profundamente el ultraje inferido a toda una nación, el asesinato de la República. Y como si las víctimas de todas las épocas se hubieran unido a los mártires de Santiago, de Moca, de La Vega, de





San Juan, del Cercado, de Guayubín, de Monte Cristi, de Sabanaeta y de todos ellos saliese una sola voz, esa voz era la tremenda venganza de la Patria oprimida!

En aquella grandiosa batalla de la independencia, que será eternamente la mayor gloria y honra de la nación dominicana, cada pueblo y cada lugar era un inmenso campo de combate, y cada dominicano se convirtió en un soldado de la libertad! España, que acababa de vencer a los moros; que solicitaba el rango de primer potencia de Europa; que disponía de 300,000 bayonetas, aliadas a la Francia y a toda la Europa para invadir y dominar nuevamente la América; vió con inesperado asombro un pueblo pequeño pero viril, que contrastaba su poder, que ponía coto a su tiranía, a sus violencias, a sus fuerzas, a sus persecuciones, a sus horrores, a sus crímenes, a su intolerancia, a sus martirios, a sus exacciones y a los esfuerzos de sus verdugos; levantando para siempre el altar de la libertad y el altar de la Patria.

Guayubín, Santiago, Moca, San Cristóbal, Baní, Barahona, Macorís y Puerto Plata, conservan todavía las nobles cicatrices de aquella gran batalla nacional! La revolución formó gobiernos los más rectos, enérgicos, justos y decididos. Su diplomacia era franca, diligente, templada, correcta, digna y sin apocamiento: su administración la más organizadora, correspondió en todas sus partes, a las exigencias de a-

quella guerra suprema, sin dejar nada por hacer.

Delante de tan gran espectáculo, lleno de sucesos y de ideas que deben ilustrar a todas las generaciones, conviene contemplar al pueblo dominicano en aquellos días de grandes pruebas y de grandes sacrificios. Solo, sin aliado, abandonado a sus propios esfuerzos, vendido por su aristocracia militar, entregado como un rebaño por sus magnates, traicionado por todos los que más podían y debían defenderlo, con sus pueblos y campos incendiados y devastados, con todos sus puertos bloqueados, con un vecino torpe, tímido y meticulado; sin armamento y sin pertrechos, invadido por los valientes vencedores de Marruecos; nos atrevemos a afirmar que ese gran ejemplo de patriotismo, de valor y de energía del pueblo dominicano, no ha sido todavía sobrepujado en ningún tiempo y por ningún pueblo. Y mientras quede en el corazón de los pueblos el amor a la libertad y a la independencia de la patria; mientras presten culto a la religión del patriotismo, del sacrificio y del martirio: los héroes de la Restauración serán bendecidos y respetada su memoria por todas las generaciones como los factores de la epopeya mas estupenda, esplendente y sublime del nuevo mundo!

El Eco del Pueblo, Santiago,  
Nº 76, 16 sept. 1883.

## DISCURSOS HISTORICOS

Colección de Emilio Rodríguez Demorizi

DISCURSO QUE PRONUNCIÓ EL PRESBITERO DOCTOR DON MANUEL DE REGALADO Y MUÑOZ, CURA Y VICARIO DE LA CIUDAD DE PUERTO PLATA, EN LA SOLEMNIDAD DEL PRIMER ANIVERSARIO DE LA CONSTITUCION DOMINICANA, QUE SE CELEBRO EN LA IGLESIA DE SU PARROQUIA EL DIA 30 DE NOVIEMBRE DE 1845 (1).

**Cantate Dommo canticum  
novum, quia mirabilia fecit....  
(Del Psalmo XCVII, v. I.)**

Si es natural, Católicos, clamar a Dios cuando nos encontramos atribulados y rodeados de calamidades, aflicciones o miserias, no es menos conforme a la razón y a la fé, bendecir las misericordias del Altísimo, y agradecer los beneficios que se reciben en su mano poderosa. Como Dios existe en todas partes y se halla presente en todos los lugares, no hay alguno en que los hombres no le hayan presentado sus necesidades, su-

plicándole las socorra y remedie. Clamaba Job en el estercolero cubierto de llagas; clamaban Misac, Sidrac y Abdenago en el horno de Babilonia; Josué en la batalla; los Israelitas en el desierto; los Macabeos en el campo; Ezequias en el lecho; David en el trono; José en la cárcel; Tobías en la cautividad; Pedro en la gruta.. Así éstos y otros muchos que nos refieren las Divinas Escrituras, clamaban al Señor por un manifiesto impulso de la naturaleza y un secreto movimiento de la gracia. De la misma suerte, Católicos, Moisés, aquel gran caudillo de Israel, apenas viera con sus mismos ojos el estupendo prodigio de abrirse el mar Bermejo, y darle paso a él con todo el pueblo a pié enjuto, por medio de sus aguas, y en seguida quedar sumergido en ellas Faraón con todo su ejército, carros, caballos y riquezas, cuando agradecido a

(1) El Eco del Pueblo, núm. 155, Santiago, 12 de abril 1885. (Este discurso y el que sigue no figuran en el lugar correspondiente por haber sido hallados después de impresos los anteriores. Véase Clío, núm. XXXV, 1939).